

LXVII.

LA ULTIMA CUESTION Y LA CAIDA.

Decía John á Julia:—Os parece, por tanto, que primero es indispensable

—Reconocer que Jesucristo fundó su Iglesia en forma de sociedad. Esto es evidente, según la historia, el Evangelio

—No lo dudo, dijo John interrumpiéndola.

—Después pasad á inquirir la manera que tuvo Jesucristo de fundarla. No puso sus doctrinas en la Biblia como en un cajón, al que cada uno las debiese ir á buscar, con el fin de ser socio de una Iglesia invi-

sible, mayormente cuando era moralmente imposible que cada hombre se procurase un manuscrito de la Escritura; sino que instituyó la sociedad de los creyentes, la propuso á los Apóstoles con Pedro á la cabeza, y ordenó á éstos que la propagasen por la predicación hasta los últimos confines del mundo, prometiéndoles su asistencia hasta la consumación de los siglos.

—Conformes, dijo John, así consta en el Evangelio.

—Bien, replicó Julia, observad igualmente cómo existía la Iglesia y cómo los cristianos se salvaba nantes aún de existir los Evangelios, las Actas de los Apóstoles y las Epístolas de San Pablo; en una palabra, cómo la Iglesia no tenía necesidad del Nuevo Testamento, bastando la viva enseñanza de los Apóstoles. A medida que la Escritura se redactaba, la Iglesia la recibía como subsidio enviado por Dios, la aprobaba y la proponía como palabra celeste.

—No necesita la palabra de Dios aprobación alguna.

—¡Famoso descubrimiento! dijo Julia; mas los hombres la necesitan. Si la Iglesia no les dijese: "Tomad este libro que contiene la palabra de Dios," ¿cómo sabrían que allí está, en efecto, la palabra divina?

—Resulta un juguete de palabras, dijo John. La Iglesia aprueba la Biblia, y después por la Biblia pone de realce la existencia de la Iglesia. Así procede la romana, y paréceme un hermoso juego de cubiletes.

Julia:—Así lo hace la iglesia anglicana, que dice á suyos: "Creed que estos son los libros de la Escritura, porque los menciono en los treinta y nueve artículos, y creed en los treinta y nueve artículos porque son conformes á la Escritura." Hé aquí dos puntales que recíprocamente se apoyan, quedando en el aire, sin descanso en base alguna. No así la Iglesia católica, anterior á la Biblia, ó á lo menos á gran parte de ella: antes y después de terminada, pone de realce su existencia y sus condiciones divinas sin recurrir á ella como libro inspirado. Manifiéstase con su presencia, con la historia, con infinidad de monumentos en todos los siglos, con el resplandor de los milagros innumerables que acompañan su difusión por el mundo, con la fortaleza sobrenatural de sus mártires, con su propagación y conservación á través de obstáculos humanamente insuperables. Cosas todas que revelan á los hombres formando una sociedad divina, antes de que la Escritura existiese. Por tanto, no demuestra su autori-

dad por la Biblia y la Biblia por su autoridad, sino que, por el contrario, fortalecida su autoridad, la ejerce aprobando la Biblia.

—Con todo, dijo John, los católicos apelan siempre á la Biblia, cuando quieren probar á los protestantes las prerogativas de su Iglesia.

Decís bien á los protestantes, porque como creen en la Biblia, con ella los reducen á reconocer la verdad que desconocen. Así haré igualmente con vos ó lo que haréis vos mismo. Tomad aquel volúmen, y si bien está en vuestro poder mutilado y roto malamente por la Iglesia anglicana, hallareis en él lo bastante para confesar que la Iglesia de Cristo fué instituida por su Fundador en forma de sociedad, *et quidem visible*

—No os detengais en esto, porque no lo dudo.

—Lo decía, porque ciertos protestantes defienden la fábula de que la Iglesia es invisible, con lo cual estaríamos obligados á ver lo invisible y abrazar lo incógnito. Toda vez que no padeceis esta enfermedad, seguid adelante y procurad convenceros de que la Iglesia visible debe ser también orgánica y jerárquica.

—Pasad adelante, dijo John impaciente. Todo esto lo admiten hasta los anglicanos. Cónstanos que desde las edades primitivas el pueblo era gobernado por los Apóstoles, ó por los Obispos que constituía ellos. Confesamos nosotros asimismo que esta sociedad jerárquica es una, católica y apostólica, como afirma el Símbolo que recitamos en la Cena del Señor: Así, no tengo dificultad alguna en reconocer que dichas cualidades no convienen á las varias iglesias protestantes, y que por lo tanto no forman la verdadera Iglesia de Jesucristo. Son cuestiones que discutí plenamente con el pobre sir Roberto Smith. Aquí no está la dificultad séria: lo que debeis demostrar es que la verdadera Iglesia de Cristo (sea la que sea) es infalible.

—A ello iba. No bien os hayais formado un concepto de la naturaleza y cualidad de la Iglesia fundada por Cristo, preguntad al Evangelio sus prerogativas: os contestará el Evangelio que ante todo tiene la infalibilidad, en el sentido que poco hace indicaba. *Las puertas del infierno*, dice Jesucristo hablando de su Iglesia, *no prevalecerán nunca contra ella*; y asimismo *que permanecerá con los Apóstoles enseñantes hasta el fin del mundo*, ó sea con

ellos y después con sus sucesores. Estudiando, vereis que por tales palabras de Jesucristo, y otras parecidas, toda la antigüedad cristiana sacó la consecuencia de que la Iglesia es indeficiente depositaria de la Religión de Jesucristo, infalible testimonio de ella, infalible maestra, infalible juez de las controversias é infalible intérprete de las divinas Escrituras.

—Vais por la posta, dijo John; éstas son en verdad cosas lindas, pero lo difícil es probarlas.

—Ya se sabe, respondió Julia, que no me propongo deciros un tratado de Teología polémica; os indico sólo los puntos que debéis estudiar especialmente, y que halláreis demostrados de una manera victoriosa en los tratadistas. Por lo demás, no se requiere un excesivo esfuerzo de inteligencia para descubrir que la primera y potísima dote con que Jesucristo debió enriquecer á su Iglesia, fué sin duda de ningún género la infalibilidad. ¿Cómo? ¿No ponderaistes nunca las palabras con que Jesucristo envió á los Apóstoles á predicar por todo el mundo, declarando merecedores del fuego eterno á los que no crean ó rechacen el bautismo? ¿Ni aquellas otras en que llama muy en alta voz *pagano y pe-*

eador al que no se somete á la Iglesia? Ahora bien. ¿Cómo se puede alcanzar que uno sea infiel sino porque, alzándose contra la Iglesia, se alza necesariamente contra la verdad revelada por Dios? ¿Cómo podría imponerse la obligación moral de someter el entendimiento á una autoridad engañosa? A poder la Iglesia engañarnos, debería cada fiel, antes de creer, asegurarse de su veracidad. Haría reir una iglesia que así hablase á sus fieles: “Os mando creer este dogma, si bien no puedo aseguraros que sea verdadero.”

John se ponía sério al oír estas razones brillantes, que por sí mismo no había sospechado siquiera.

—Además, continuó diciendo Julia, ¿no está la Iglesia proclamada en la Biblia *casa de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad?* ¡Hermosa casa de Dios sería por cierto una Iglesia engañadora de los fieles! ¡Fuerte columna la que se doblase bajo el viento del error! ¡Fiel apoyo de la verdad una iglesia que sostuviese lo falso...! Decidme doña Ana (añadió entonces la joven con un movimiento improvisado) ¿tengo razón para creer infalible á la Iglesia de Jesucristo, asegurándome la Biblia que lo es realmente? ¿Aquella Biblia en que

vos creéis tanto y tan sinceramente? Cómo explicáis dichos textos? ¿Quereis desmentir á Jesucristo?

Mistress Needle, que no aguardaba este asalto, bajó la cabeza, diciendo:—Tú sabes que no me quiero meter en vuestras cuestiones.—Más John hallábase muy humillado y empequeñecido por su propia presunción en repeler como evidentemente absurda la infalibilidad de la Iglesia. Conocía por clara intuición que aquel punto, penetrado y creído, forzaríale á ser católico. Para ganar tiempo, promovió la siguiente objeción:—Bien; supongamos un momento infalible á la Iglesia de Cristo: ¿qué necesidad hay de que tenga un Jefe, esto es, el Papa, que á todos domina, tiranizando la libertad de los fieles con su primado, su jurisdicción y su empeño de ser infalible también?

No se conmovió Julia por esta dificultad, porque hacía meses que la esperaba; con el fin de resolverla y contestar lucidamente, habíase aplicado al asunto con todo su gran ingenio. Respondió, pues, con tanta modestia como seguridad:—Me duele, señor John, que, para resolver las vitalísimas cuestiones que interesan al tiempo y la eternidad, queráis recurrir á quien so-

lo sabe su catecismo ó poco más. Respondo, empero, que cuantas razones demuestran que, á fin de conservar la Religión de Jesucristo, se requería una Iglesia infalible, demuestran también que para conservarla necesitábase un Jefe infalible del mismo modo.

—¡Oh! ¿por qué? preguntó John: ¿no podría la Iglesia seguir siendo infalible de otra suerte? ¿Por ejemplo, dando Dios á cada cristiano el recto entendimiento de la verdad y de las Escrituras?

—Seguramente podría, contestó Julia; pero no lo tuvo á bien, y no lo hizo; la experiencia misma demuestra que los que se alzan contra la Iglesia entienden la Escritura de mil modos ridículos y absurdos. Por lo demás, el Evangelio habla claro, y dice que nuestro Redentor quiso que se profesase su Religión en forma social, dependiendo de un Jefe cada socio.

Este Jefe podría ser un Concilio: esto es, la propia Iglesia reunida: ¿qué necesidad existe de un Papa?

—Todo lo podría Dios hacer con su omnipotencia; más convenido en que no es el medio que Jesucristo eligió. Por añadidura, el sistema de regir á la Iglesia nada más con decisiones conciliares sería el más

incómodo de los posibles. Sería preciso tener una Asamblea perpétuamente reunida, con perpétuo daño de las iglesias, privadas de sus Past ores. Además, ¿quién regularía este concilio? ¿De qué serviría cuando se dividiesen los votos? Necesitaríase otro que juzgase al primero, y así sucesivamente. ¿Cómo se conservaría la unidad social si las iglesias particulares reuniesen concilios separados? Sería, sin embargo, naturalísimo que cada uno de los tales concilios pretendiera ser el verdadero y único director de la Cristiandad. Tendríamos concilios luteranos para definir que perdió el hombre su libre albedrío; tendríamos concilios calvinistas para asegurarnos que Dios crea hombres de propósito para llenar el infierno de condenados; tendríamos concilios anglicanos para sostener que la santa Misa es una blasfemia; tendríamos concilios metodistas para recomendar á los cristianos que se convirtiesen moviendo la cabeza, ladrando ó haciendo cabriolas; en fin, tendríamos concilios de las iglesias *agapemonita*; *mormónica*, *oscenita*, del amor libre, para compeler en conciencia á cada hombre á vivir como un cerdo; saldría, por último, á luz un concilio independiente del pastor Bird, con el fin de a-

comodar á su madama en el confesonario....

—Esto, replicó John, no podría suceder si Dios comunicase la infalibilidad á los miembros de los concilios.

—¡Bravo! repuso Julia. ¡Así tendríais centenares de Papas infalibles, para evitar uno! ¡Cuánto mejor y más sencillamente preparó Jesucristo el gobierno de su Iglesia, dotando de infalibilidad á su Vicario únicamente! Este, ó falla sólo por sí, ó congrega el concilio universal, cuando lo juzga indispensable, y con sus Hermanos, jueces como él, dicta la sentencia; si en el concilio surge disparidad de opiniones, todos saben que prepondera indudablemente aquella parte de la balanza en que pone su voto el Vicario de Jesucristo. Que nazcan cismas y sediciones: los hombres de buena fe saben que con el Papa hállase la verdad. ¿No os parece la ordenación digna de un Ordenador divino?

—Comprendo, respondió John: sería la mecánica de los cuerpos celestes trasportada á la tierra: más....

—Más.... ¿qué?

—Está el negro daño en que podría ser una invención humana, puramente humana, y entonces....

Julia, como reprendiéndole:—Entonces debeis renegar de la Biblia, llamándoos deista, racionalista, ateo, cuanto querais, menos anglicano ó protestante de buena fe. No hay cosa más solemnemente revelada en la Escritura que la *mecánica* de la Iglesia regida por un Jefe infalible.

—Poco á poco, dijo John; no os enardecáis. Si la infalibilidad de la Iglesia y de su Jefe está manifiestamente descrita en la Escritura, ¿cómo los protestantes no saben hallarla?

—No la encuentran porque muchas veces no leen la Biblia, ó porque, si la leen, interpretan el sagrado texto hallando el *el cuaquerismo*, el *mormonismo*, el *socinianismo*, el “*schwedenborgismo*” el *barkerismo*, el *jumperismo*, y todos los *ismos* que aún vos juzgais sandeces, impiedades y locuras. Por el contrario, los que leen la Biblia con sencillez, pidiendo luz á Dios, así como la interpretación á los antiguos Padres Doctores de la Iglesia, descubren la infalibilidad de la Iglesia y del Papa tan brillante, que abjuran de sus errores y se hacen católicos, de lo que nos dan todos los días ejemplos á cientos y á miles Alemania, Inglaterra y América.

—Pues bien, replicó John, que no pres-

cindía de ninguna de sus cavilaciones; ya que os desplacen como á mí las interpretaciones absurdas de ciertos sectarios, os citaré las de ciertos católicos: los galicanos miran sumamente de reojo la infalibilidad del Papa

—Pero admiten, contestó Julia prontamente, la de la Iglesia. Además, perdonadme y volvedme á perdonar; ni aun niegan la infalibilidad del Pontífice. Sólo pretendían que sus definiciones, para llegar á ser *irreformables*, según manifestaban, debían esperar el consentimiento de la Iglesia. Ahora bien; esto en su opinión, no era desconocer la infalibilidad pontificia, sino solo limitarla. Por lo demás, sabed que los doctores galicanos fueron siempre contradichos por la universalidad de los doctores católicos, y que solemnemente les condenó el concilio Vaticano delante de mí, Julia de los Laureles.

—¿También vos fuísteis al concilio?

—Sí, señor. La única vez que yo estuve en Roma fué precisamente porque mi padre me quiso llevar á la cuarta sesión del concilio. Más no nos desviemos. Podeis estar seguro de que toda la antigüedad católica hasta nuestros días leyó siempre en el Evangelio, con caracteres de oro, la in-

falibilidad de la Iglesia y del Vicario de Jesucristo. Si dejando aparte las preocupaciones anticipadas os ateneis al sentido óbvio, claro y luminoso del Evangelio, vos también. . . .

—No sucederá nunca.

—Sucedirá indudablemente.

Mistress Needle se levantó con ímpetu, conteniendo su mal oculta cólera, y exclamando:—Lo había previsto desde que comenzasteis. En estas disputas nada se logra . . . se perturba la quietud de la casa, escandalízase á las almas sencillas (decíalo por sus pequeñas), y nada más.—Tomando de la mano á Clara y Clemencia, las llevó consigo, á de fin darles una lección muy viva contra el Papa y el papismo, preservándolas así de las herejías que oyeran de Julia y de John. Más éste, como si no hubiese advertido el estado de su madre, dijo á la joven con estudiada indiferencia.—Señaladme los pasajes del Evangelio que hablan de la infalibilidad.

Julia fué por su Biblia. Las señales estaban lindamente puestas, por haber estudiado los textos en los días anteriores. Puso además otra, no pedida por John. ó sea el opúsculo de Cercia. *La palabra de la Biblia á los verdaderos creyentes*, que

habíanle mandado de Nápoles, y que trata de este punto de un modo doctísimo á la vez que popular. Hizo que John leyera varios pasajes del librito, diciendo:—Vedlos; confrontadlos con la Biblia y con su contexto. Advertireis que Jesucristo prometió y confirió á San Pedro la jurisdicción sobre toda la Iglesia; que el Obispo de Roma es sucesor de Pedro y legítimo heredero de su jurisdicción; que ésta comprende la enseñanza y el magisterio infalible de la fe; leereis muchas cosas más, demostradas con el vivo Verbo de Dios, y con evidentes raciocinios que no admiten réplica. Sólo resta que entre una página y otra eleveis los ojos al cielo.—

Nada más dijo Julia. Aunque John no respondió, parecióle que aquellos pasajes, leídos rápidamente, brillaban con una luz terrible. Le temblaba el corazón en el pecho y la mano al tomar la Biblia y el libro que alargábale la napolitana. Había poco antes asegurado su firmeza inquebrantable, y sin embargo no podía alejar de sí un presentimiento de su derrota, ó, mejor dicho, de su triunfo